

## OFERTORIO

Al menos unas 75.000 personas perdieron la vida en la guerra civil que sufrió El Salvador entre 1979 y 1992. Se estima que un 80% de las víctimas fueron civiles.

Algunos de estos hechos tuvieron como escenario el río Sumpul, en el departamento de Chalatenango, al norte del país, ya que al hacer frontera con Honduras, constituía una vía natural de escape para los campesinos que huían de la estrategia de “tierra arrasada” que realizaba el ejército salvadoreño, estrategia que incluía un plan deliberado para convertir el Sumpul en una trampa mortal.

Así, los campesinos acosados en sus aldeas, eran perseguidos hacia el río, donde el ejército les esperaba para tirotearlos desde la orilla sur y desde el aire con helicópteros, mientras que en la orilla norte, el ejército de Honduras, partícipe del operativo, contenía la huida de los campesinos y les impedía entrar en territorio hondureño.

La fuerza de las aguas, hacía el resto. Muchos campesinos, sobre todo niños y ancianos, morían ahogados.

La primera de estas masacres tuvo lugar el 14 de mayo de 1980. El genocidio acaba al atardecer y quedan allí 300 muertos, pasto de perros y zopilotes. Nadie puede acercarse a recogerlos o enterrarlos. Solo unos pocos se salvan, testigos del horror.

Entre el 10 y 11 de diciembre, en el Mozote, el ejército asesina a más de 1000 campesinos. La masacre del Mozote, ha sido considerada el crimen más grave de toda la guerra en El Salvador y es el ejemplo brutal de una estrategia militar aberrante, que se propuso el exterminio de campesinos sin distinción de que sus víctimas, fuesen niños, ancianos o enfermos.

El 29 de mayo de 1982 más de 700 campesinos indefensos de Los Amates y Santa Anita inician un éxodo desesperado hacia la frontera. Los soldados los persiguen, asesinando a aquellos que logran alcanzar. Llegados al río, agotados, intentan cruzarlo. Y el Sumpul vuelve a teñirse de sangre inocente. Se salvan 163 campesinos extenuados. Ellos vivirán para dar testimonio y luchar por la paz.

No existe habitante en el Chalate, que no perdiera algún familiar en el Sumpul. Para todos ellos, el Sumpul es un río sagrado y el murmullo de sus aguas es la voz de muchos mártires sin nombre que fueron asesinados sin compasión y con total impunidad.

Por eso, en esta celebración, junto con las homilias de Monseñor Romero y los documentos del Concilio Vaticano II, impulsado por el papa Pablo VI que constituyeron un marco ideológico de referencia para los cristianos en latinoamérica, ofrecemos agua y tierra traídos desde el río Sumpul, para que todos los mártires de El Salvador sean recordados hoy, junto al hombre que día tras día, con sus palabras, denunció la injusticia y la violencia en su país, siendo consciente de que al hacerlo sacrificaba la vida por su pueblo.